

SOPA DE LIBROS

Vicente Muñoz Puelles

# El arca y yo

Ilustraciones  
de Elena Odriozola



ANAYA

A mi amigo Rolf,  
en recuerdo de una infancia perfecta.

# 1

## ¡OTRA VEZ TARDE!

Llamadme Jafet. Tengo nueve años y voy a contaros la historia más asombrosa del mundo.

Aquí, sobre la mesa, están mis útiles de escribir: un trozo de caña recién afilado y cuatro tablillas de arcilla húmeda.

Espero que cuatro tablillas sean suficientes.

Dormía profundamente, como cada mañana, cuando mamá me despertó con un beso.

—¡Arriba, Jafet! —me dijo, y lo primero que vi fue su sonrisa—. Ya debías estar en la escuela.

Tenía razón, porque la luz inundaba el dormitorio. Salté de la cama, me anudé

el faldellín en la cintura y me puse el morral en la espalda. Mamá me dio dos panecillos para el almuerzo.

En el patio, miré las hojas inmóviles de la palmera. «Otro día caluroso, sin viento», pensé. Al pasar junto a la cisterna hice un cuenco con las manos y me mojé la cara.

10

La puerta de la casa de mis tíos, que lindaba con la nuestra, estaba cerrada. Inana, mi prima, que también era mi mejor amiga, se había cansado de esperarme.

Como siempre que me levantaba tarde, eché de menos sus risas y su saludo alegre:

—¡Jafet, dormilón! ¿Te ha costado mucho ponerte en pie?

Inana ayudaba a mi tía en las faenas de la casa y yo iba a la escuela de los escribas.

Seguí nuestra calle, una de las más largas de Uruk, hasta llegar al jardín público.

Papá solía decirme que evitase las calles poco frecuentadas, las tabernas y las

casas de juego, y que no hablara con desconocidos.

Tampoco le gustaba que entrase en el jardín público, salvo si iba acompañado. Pero tenía prisa, y el jardín era el mejor atajo para llegar a la escuela.

Pasé bajo el gran arco de entrada y corrí por una avenida de palmeras. Al final de la avenida había una fuente. Allí, cientos de palomas bebían, se bañaban y revoloteaban.

Dejé de correr y empecé a caminar con cuidado, para no tropezar con ellas.

De pronto, una mano me agarró el hombro, como una zarpa. Era un hombre alto de nariz afilada, con una mancha de color vino en la cara. Llevaba una camisa andrajosa y un faldón remendado.

—¿Vas a la escuela, niño? —me preguntó, acercando su cara a la mía.

—Lo siento. Tengo prisa —balbuceé, intentando soltarme.

La zarpa se aferró aún más, y lamenté no haber seguido las recomendaciones de papá.







—¿De veras, eh? Pues te diré una cosa, niño —me advirtió el desconocido, señalando el cielo con un índice terminado en una larga uña—. ¡El fin del mundo está cada vez más cerca! Podría ser mañana o incluso hoy mismo. ¿Crees que si vas a la escuela te salvarás, que algo de lo que allí te enseñan podrá salvarte?

—¿El fin del mundo? —repetí.

14

Por un momento, la idea de que el mundo pudiera acabarse me hizo olvidar peligros mucho más inmediatos, como el de la propia zarpa.

—¡El fin del mundo, sí! —gritó el desconocido, y soltó una carcajada estruendosa, que me hizo temblar de pies a cabeza—. ¡Una tormenta de fuego y azufre caerá sobre Uruk! ¡Las palmeras se encenderán como antorchas, los pájaros arderán en pleno vuelo y los hombres se convertirán en montones de ceniza! ¡Todo lo que ves desaparecerá en un instante, y no quedará piedra sobre piedra!

Hablaba con entusiasmo, como si aquel desastre le hiciese feliz.



No le creí. ¿Cómo iba a creerle? Uruk era una ciudad grande y antigua, con muchas casas y templos, un palacio de infinitas habitaciones y una torre altísima, que rozaba el cielo y nos llenaba de orgullo. Todo aquello no podía desaparecer, y menos en un instante.

Dos paseantes se acercaron, atraídos por el griterío. El desconocido aflojó la presión. Me solté y, sin volver la cabeza, eché a correr entre un revuelo de palomas.

A la entrada de la escuela me esperaba el hombre de la vara, que se encargaba de la disciplina.

—Jafet, hijo de Noé, hoy has llegado el último —me dijo, en tono severo.

Sabía lo que me esperaba. Me quité el morral de la espalda y lo dejé en el suelo. Extendí las manos, con las palmas hacia arriba, y recibí cinco golpes de vara en cada una.

—Ahora refréscate —me ordenó el encargado, señalando la alberca.

Al sumergir las manos, sentí un intenso alivio.

Hacía más calor dentro del aula que fuera, y eso que la escuela tenía gruesos muros y acababa de ser encalada.

Saludé con un gesto a mis compañeros: Dumuzi, el amigo de los animales, que recogía las hormigas muertas y les hacía pequeños funerales; Neti, el empollón, que tenía una habilidad extraordinaria para aprenderse todas las tablillas y recitarlas de memoria, sin equivocarse; Enki, el glotón, que siempre me perseguía, fingiendo que estaba a punto de perecer de hambre, hasta que le daba uno de mis panecillos.

16

El director de la escuela se llamaba Nanasig. Tenía un aspecto imponente, con la cabeza afeitada y la barba teñida de rojo. Sentado a su mesa, nos llamaba por nuestros nombres y examinaba los deberes que habíamos hecho en casa. Mientras leía, corregía las faltas con un punzón de cobre.

Nada se le escapaba. Cuando llegó mi turno, le saludé con una reverencia respetuosa. Tomó mi tablilla, me enseñó dónde me había equivocado y me dijo:

—Tu escritura es satisfactoria, pero has vuelto a llegar tarde. Si quieres ser un buen escriba, tendrás que cumplir tus obligaciones. Dime, Jafet, hijo de Noé, ¿qué excusa vas a darme hoy?

Le conté que me había levantado a tiempo, pero que al ir hacia la escuela un hombre harapiento me había soltado un discurso sobre el fin del mundo. Y no podía librarme de él, porque me había agarrado por el hombro y no me soltaba.

—¡Ah, un profeta! —exclamó Nanasig, interesado, y su mirada se deslizó por mis hombros, hasta encontrar la huella de la zarpa.

Me pidió que le describiera al hombre harapiento y que le repitiese lo que me había dicho.

Luego me explicó que los profetas son personas que oyen voces misteriosas dentro de su cabeza. Creen que los dioses hablan con ellos y les predicen el futuro.

Llegó el momento de la lectura en voz alta.

Kudur, el maestro auxiliar, nos entregó las tablillas. La mía era fácil, una colección de fábulas cortas y proverbios que ya me había tocado otras veces. La leí sin equivocarme, pero Nanasig corrigió mi pronunciación.

—No seas vago —me dijo—. Tienes que abrir más la boca y que mover bien la lengua, si quieres que se te entienda.

18

Neti, el empollón, hizo otra de sus demostraciones y nos recitó de memoria un largo poema sobre la creación del hombre y de la mujer, a partir del barro.

Era curioso pensar que todos habíamos salido del barro, como las tablillas.

Después de la lectura sonó la campanilla del almuerzo.

Enki, el glotón, se comió rápidamente sus panecillos y me miró con ojos implorantes. Hacía demasiado calor para resistirse. Le di uno de mis panecillos, antes incluso de que me lo pidiera.

En el patio de la escuela, Dumuzi, el amigo de los animales, iba delante de nosotros para evitar que pisásemos las hor-

migas. Cuando encontraba alguna que ya estaba muerta, la colocaba sobre un ladrillo, le ofrendaba una brizna de hierba y lloraba en silencio.

A las hormigas vivas les arrojaba pequeñas migas de pan, que ellas recogían y se llevaban a sus almacenes subterráneos.

Empezó la clase de redacción. Preparamos nuestras tablillas y trazamos unas líneas para que los renglones nos salieran derechos.

Luego, Nanasig nos dijo sobre qué debíamos escribir. Por una vez, parecía haber elegido los temas más apropiados para cada uno.

Neti tenía que escribir sobre la importancia de los recuerdos, Enki sobre los cereales y el suministro de pan, Dumuzi sobre la vida de las hormigas.

Yo esperaba que Nanasig me pidiese una redacción sobre papá, que era uno de los ciudadanos más notables de Uruk, o sobre mi encuentro con el profeta harapiento. Pero me dijo:







—Tú, Jafet, hijo de Noé, vas a copiar sesenta veces la frase: «No volveré a llegar tarde a la escuela».

Por lo visto, la vara no le parecía suficiente castigo. Quise protestar, pero acabé bajando la mirada. Hasta ese punto era imponente y terrible el aspecto de Nanasig.

Tomé un trozo de caña, comprobé el filo y empecé a llenar de signos pequeños, como huellas de pájaro, la tablilla húmeda: «No volveré a llegar tarde a la escuela. No volveré a llegar...».

El sudor me hormigueaba por la frente y la espalda. Una gota resbaló lentamente por mi nariz y cayó al pupitre. Tenía sueño otra vez, a causa del calor.

«...tarde a la escuela. No volveré a llegar...»

La mano de Kudur, el maestro auxiliar, me sacudió el hombro con fuerza.

—Jafet, hijo de Noé —me dijo—, ha llegado un sirviente de tu familia. Tienes que irte. Tu padre quiere hablar contigo ahora mismo.

Era todo un acontecimiento. Papá nunca me había mandado llamar desde que iba a la escuela. Debía tener un motivo muy poderoso para hacerlo ahora.

Dejé el morral junto a mi pupitre, por si volvía, y seguí al sirviente.

Al pasar por el jardín público busqué al profeta con la mirada, pero no estaba.

Las palomas, en cambio, aún rondaban la fuente. Sentí algo de envidia al ver cómo se bañaban y alborotaban, libres, bajo el sol cegador.